V

—Bueno... Y ¿qué iba yo á hacer de mi vida?—continuó Javier por la tarde reanudando su historia.—Por de pronto, podía irme á mi pueblo á pasar el verano. Pero ¿y al invierno siguiente?...

Podía estudiar el doctorado. Mas ¿cómo iba yo á volver á Madrid?... Volviendo, Luisa, que seguramente volvería, esto era un despropósito... Era buscar mi propio tormento.

Porque aun cuando no fuera á su casa, no podría menos de encontrarla alguna vez... y la encontraría tan hermosa... y á lo mejor acompañada de algún novio... lo cual me haría sufrir muchísimo...

Y luego, aunque por una casualidad Luisa no volviera al invierno á Madrid, ¿cómo me presentaba yo sin ella delante de mis amigos, que sabían mi proyecto de matrimonio para en cuanto me hiciera abogado?... Tendría que contar á cada uno la historia

de todo lo ocurrido, ó confesarles sencillamente que Luisa me había dado calabazas... No, no podía volver á Madrid, no volvería de ningún modo.

Había trabado yo amistad aquel año con Enrique Jiménez, hijo del director general de Gracia y Justicia en el Ministerio de Ultramar. Aquel amigo me había hablado varias veces de unas plazas que había en Filipinas, donde se podía hacer carrera rápida y brillante, pues iba uno de alcalde mayor, que venía á ser como juez de entrada, y á los seis ú ocho años volvía de magistrado á la Península. Decíame que si cuando concluyéramos la carrera continuaba su padre de director, él se iría á Filipinas, y me invitaba á acompañarle. Recordé aquellas noticias y aquel ofrecimiento y me fuí á verle...

Al día siguiente fuí con él al Ministerio á que me presentara á su padre, y ocho días después recibía el nombramiento de alcalde mayor de Ilocos Norte.

Aproveché el mes de que podía disponer antes de embarcarme, para ir á mi país á despedirme de mi familia.

Claro es que mis padres hicieron los imposibles por quitarme de la cabeza el viaje y la alcaldía y la magistratura; pero yo me escudaba con lo malo que estaba todo por acá, con la necesidad de hacer carrera

y con el compromiso contraído ya en el Ministerio...

El cariño á mis padres y á mis hermanas, y muy especialmente á mi madre, me hacía algunas veces vacilar; mas cuando salía al campo y veía el sitio en que había pensado edificar la casa de verano, que ya no se edificaría nunca, porque no había á quién aposentar en ella, me entraba una tristeza tan grande, que la estancia en aquel pueblo, antes tan querido, se me hacía insufrible.

Desaparecí de allí una noche sin despedirme, y á los cinco días me embarcaba en Barcelona, en el vapor *San Agustín*, de la flota del Marqués de Campo.

Suele decirse que en las separaciones, siempre dolorosas, de seres que se aman, de individuos de una misma familia, el que se marcha es menos desgraciado que el que se queda, porque el primero siempre se distrae algo con el cambio de escena, con las variaciones de perspectiva y con los accidentes del viaje, mientras el segundo, el que se queda en casa, como todo continúa lo mismo en su alrededor, no tiene distracción alguna y está solo con sus dolores.

Así lo expresa también un cantar popular de despedida, puesto en boca del que se queda, que dice:

¡Adiós! y diviértete
Con las flores del camino;
Que yo me divertiré
Con lágrimas y suspiros.

Mas con permiso del cantar y de la general opinión, yo puedo decir que no me divertí nada en el viaje.

Los primeros días los pasé mareado, sufriendo angustias de muerte.

Después, aunque se me pasó el mareo físico, me quedó, por decirlo así, el mareo del alma, por efecto del cual me arrepentía tres ó cuatro veces cada día de haber emprendido el viaje, hasta con propósito de volverme de Port-Said ó de cualquier otro punto donde encontrara un correo de vuelta; y me desarrepentía otras tantas veces pensando que bien hecho estaba lo hecho, puesto que no tenía nada que esperar en España.

Pensaba algunas veces que era gran locura renunciar á Luisa para siempre. Pero en seguida yo mismo me reía amargamente de lo de *renunciar*, comparando mi renuncia con la del famoso D. Simplicio de la comedia.

Y en estas alternativas fuí todo el camino.

El viaje, en lo material, fué próspero y

feliz. Y aun en lo demás, si yo hubiera ido en mejores condiciones anímicas, hubiera sido un viaje delicioso.

Iba entre los pasajeros un comandante de infantería, llamado D. Joaquín Belmonte, de más edad que la correspondiente á su empleo, pues se había retrasado el pobre en la carrera por haberse ido al campo carlista, donde había llegado á coronel.

Pero como aquello concluyó mal, y como él no tenía más patrimonio que su espada, tuvo que pasar por las horcas caudinas, volviéndose al ejército liberal con el empleo que tenía al marcharse, y á fuerza de fuerzas había conseguido que le destinaran al Archipiélago con el cargo de Gobernador militar de una de las islas de menos importancia.

Era viudo y tenía dos hijas, que llevaba consigo, Soledad y Esperanza: la mayor como de unos veinte años, y de dos ó tres menos la segunda. Esta era muy guapa, pero poco expresiva, de carácter apagado y tranquilo, mientras que su hermana, sin ser tan hermosa ni con mucho, era graciosilla y muy animada.

Tocaba bastante bien el piano, y con esto y con su carácter comunicativo, pronto se hizo simpática á todo el pasaje; pero con especialidad á un joven teniente, andaluz, que volvía á Filipinas, de donde había ve-

nido hacía medio año con licencia por enfermo. La enfermedad, si existió, había desaparecido del todo, á juzgar por su excelente aspecto y su buen humor constante.

También nos resultó pianista, aunque no tan maestro como Soledad; pero quizá para perfeccionarse en aquel ejercicio, comenzó á andar mucho al redor de ella.

Luego dieron en tocar á cuatro manos, y el teniente revolvió un día toda la biblioteca musical del buque, buscando piezas en que las izquierdas se cruzaran alguna vez con las derechas, porque creía de buen agüero cruzar sobre el teclado sus muñecas con las de la niña.

En fin, el caso es que entre el teniente, que era blando de corazón, y Soledad, que no tenía bendita la afición á su nombre, á los veinte días de navegación había relaciones formales, con el beneplácito de Don Joaquín, y con la firme resolución por parte de ellos de casarse tan pronto como pisaran tierra.

La música, los amores del teniente y de Soledad, y los comentarios sobre una cosa y otra, nos hacían pasar bastante bien la velada, y por el día, como estuviera claro, era muy agradable ir sobre cubierta.

Ya habrás oído que el viaje á Filipinas, aunque más largo que el de América, es menos triste, porque siquiera en

los primeros días se va viendo tierra casi siempre.

Así es, en efecto. Primero se ve el Mediodía de Francia, después las costas de Italia, después las de Grecia, después se llega á Egipto. Desde antes de llegar á Port-Said y desde el Canal de Suez se ven el Carmelo y el Líbano, los montes de Tierra Santa que traen á la memoria los misterios de nuestra redención... Se navega sobre el Mar Rojo, que, obediente al mandato de Dios, apartó sus aguas para dar paso enjuto al pueblo escogido, y las juntó en seguida para envolver y ahogar en ellas al soberbio Faraón con todo su ejército. Aún parece que aquellas olas pesadas, al besar los costados del buque, murmuran palabras del cántico de Moisés: *Cantemus Domino... Equum et ascensorem dejecit in mare... Dominus regnabit in eternum et ultra... Equum et ascensorem dejecit in mare...* (1).

(1) Exod., XV, 1, 18...

VI

Con la llegada á Manila—continuó Javier,—el tratar de conocer la población, los preparativos del viaje á Ilocos, el viaje mismo, la toma de posesión del empleo, el estudio indispensable para enterarme de los asuntos y ponerme al corriente en el despacho, la instalación y el arreglo de la casa, el nuevo método de vida, etc., tuve una temporada de relativa tranquilidad moral, un paréntesis en el sufrir, porque los cuidados y las atenciones urgentes siempre embotan un poco el sentido.

El alma humana, por más que sea grande y poderosa, como creada por Dios á imagen y semejanza suya, es finita, es limitada y no puede atender á todo á un tiempo. Ni sus potencias se desarrollan simultáneamente con igual extensión, ni se aplican con igual intensidad, sino cada una á expensas de las otras. Y del mismo modo que una pasión desapoderada oscurece el en—

tendimiento, así un ejercicio vigoroso y sostenido de la inteligencia amortigua los recuerdos y debilita las voluntades...

¡Era todo allí tan distinto de lo de acá... todo tan diferente!

Una de las cosas que me llamaban más poderosamente la atención era el profundo respeto que los indios tienen á los españoles, *castilas*, que dicen ellos considerándolos como seres superiores, y la dureza con que los españoles los tratan.

Verdad es que como tienen los pobres tan escasa inteligencia, apenas hay otro móvil que pueda hacerles cumplir la obligación más que el temor al castigo. Y ellos mismos parecen estar conformes con el sistema, hasta el punto increíble de echar de menos los latigazos.

¿Querrás creer que el primer cocinero que tuve se me marchó porque no le pegaba?... Me anunció un día, con mucha formalidad, que se iba de casa, y al preguntarle yo qué motivos tenía para tomar aquella determinación, me contestó:

—No me quiere el señor... no me pega... y yo no puedo estar con el señor...

Y nada, que no pude apearle de ahí, y tuve que dejarle marcharse. ¡Si vieras lo que me dió que pensar aquella rara interpretación del cariño!... «Quien bien te quiera, te hará llorar», dice nuestro refrán castellano; pero aquel infeliz, que no debía de conocer este refrán ni ningún otro, ¿de dónde había podido sacar tan filosófica manera de traducir los azotes?

¡Si estará arraigada en la humanidad la idea de la necesidad del castigo, de la necesidad de la pena, de la necesidad del dolor para la expiación de las faltas!

Que no sabría aquel indio el refrán he dicho... ¡qué había de saber! si no aprenden ni siquiera regularmente el castellano nunca... Allá se han formado ellos una jerigonza, y con ella siguen. Así es que otro criado se me quiso marchar porque en una ocasión no acerté á entenderle.

Vino un día y me dijo:

—Yo quiero prestarte un duro, señor.

—¡Hombre, gracias!—le contesté:—no me hace falta.

—Es que yo quiero prestarte un duro,—insistió.

—Es que no quiero yo,—le repliqué con voz muy clara y muy despacio para que lo entendiera; y el hombre se dispuso á marchar, y se hubiera marchado, si no es que cuando se presentó á despedirse y recibir la cuenta, estaba conmigo el secretario, que, enterado del caso, deshizo el error y se arregló todo. El pobre cocinero me pedía un duro prestado; y como empleaba el verbo prestar en sentido de tomar prestado,

había yo entendido lo contrario de lo que quería decir.

Con éste mismo me pasó otro caso. Me hacía empezar siempre el almuerzo con un huevo frito. En los demás platos solía variar; pero el primero era invariable. Cansado yo de aquella uniformidad, le dije un día cuando vino con el consabido primer plato:

—Oye: desde mañana me suprimes el huevo.

—Está bien, señor,—me contestó.

Al día siguiente, á la hora de almorzar, vino con el huevo como otros días.

—¡Pero, hombre!—le dije yo un poco enfadado.—¿No te dije que me suprimieras el huevo?

—¡Señor!... Si viene suprimido...—contestó el pobre, muy asombrado de mi interpelación y de mi enojo.

Ya ves... Y luego no pude saber lo que entendía él por *suprimir* un huevo, porque como al oir la contestación suya me eché á reir, ya no quiso decirlo.

Entre estas cosas y lo mucho que al principio me ocupaba el desempeño de mi cargo...

¡Ah, mi cargo!... Bien me conoces, y mejor que yo conoces el mundo y sabes cómo están las cosas: puedes figurarte si me sería pesado y trabajoso. De la corrupción introducida por el liberalismo descristianizador en todos los organismos sociales, no se ha librado la magistratura. Allí, como acá y como donde quiera que alcanza el dominio de España, de esta España desfigurada por la revolución, está ya todo el mundo acostumbrado á que la recomendación sea la sentencia de todo proceso. Figúrate la extrañeza y la irritación de aquella gente al ver que un joven como yo, casi un rapaz, fallaba los asuntos, no de conformidad con las recomendaciones, que solía recibir á centenares, sino de conformidad con mi conciencia...

Al principio, los chasqueados en sus pretensiones querían coger el cielo con las manos; los pudientes de allí escribían á los pudientes de acá queriendo mover contra mí cielo y tierra.

Después ya se fueron acostumbrando... ¡Costaría tan poco á un Gobierno legítimo volver á encauzar esta sociedad extraviada!...

Como te iba diciendo, solicitada vigorosamente mi atención por todas estas cosas, perdía intensidad el recuerdo de Luisa, y se adormecía un poco el dolor de haber perdido para siempre la felicidad soñada, más que soñada, vista de cerca, tocada casi.

Pero en cuanto fuí entrando en caja, en cuanto las nuevas impresiones fueron dejando de ser nuevas y aun de ser impre-

siones, entonces, como dijo Salas y Quiroga,

Volvió la vida á latir,
Volvió el alma á delirar,
Volvió el ardor de sentir,
Y el infierno de vivir,
Y...

No puedo concluir la quintilla, porque el último verso ya no corresponde á mi situación. El poeta dijo: «Y el paraíso de amar». Mientras que para mí el amar á Luisa sin esperanza, lejos de ser paraíso, más bien era infierno.

La sola disminución de los quehaceres y de las graves atenciones iba, como te digo, recrudeciendo mis pesares; pero además vino á acelerar el recrudecimiento un suceso insignificante á primera vista.

Un día, al abrir las cartas que me había traído el correo, me encontré dentro de un sobre una esquela impresa que decía:

«D. Eduardo Enríquez y Galindo,
y
D.ª María de la Soledad Belmonte y Sánchez,

participan á usted su efectuado enlace y le ofrecen su casa en...»

Los compañeros de navegación, el teniente y la hija del comandante, se habían casado. A la cruz de las muñecas sobre el

teclado del piano había seguido la cruz del matrimonio.

¡Cuánta amargura me llevó aquella pobre esquela! ¡Qué reflexiones más tristes y más desconsoladas suscitó en mi mente!

Ese es el modo de hacer las cosas, pensaba yo. Así, pronto y sin andarse por las ramas... Se conocieron ayer, como quien dice, y ya están casados... Si yo hubiera hecho así... Si al mes de estar en Madrid, en cuanto empezó á gustarme Luisa, se lo hubiera dicho sin circunloquios, otro gallo me cantara... Probablemente, si me declaro entonces, su resolución hubiera sido favorable; y luego, una vez comprometida su palabra y comenzadas las relaciones formales, no es de creer que se hubiera vuelto atrás, no dando yo motivo, y á estas horas estaríamos casados. Pero aun en el supuesto de que me hubiera encontrado entonces con una negativa, como quiera que todavía el corazón no estaba apenas interesado, hubiera podido echar por otro camino y no me encontraría ahora en este callejón sin salida... He sido muy torpe... ¿De qué me ha servido estudiar tanto?... Un infeliz teniente de infantería, que según su propia confesión no estudió nunca una palabra, ha resuelto con más facilidad que yo la cuestión más importante de la vida...

Por supuesto que ni con una horca de-

lante y otra detrás me hubiera yo casado en las condiciones del teniente; sin patrimonio, sin sueldo apenas ni esperanza de tenerle regular en un montón de años, y con una pobre muchacha que no tenía más que necesidades.

Pero, aunque no le envidiaba la boda, le envidiaba el procedimiento, le envidiaba la rapidez con que había salido del paso.

Estas cavilaciones sobre la rectificación ya imposible de los hechos pasados, me atormentaban continuamente. A no haber sido por ellas, no me hubiera ido del todo mal en el Archipiélago.

VII

Dos años hacía que estaba allá—continuó diciéndome Javier,—cuando me encontré una vez en Manila con el padre Flores, un dominico de muchas campanillas á quien tiempo atrás había conocido en Madrid, en casa del general Sierra precisamente.

Extrañóse de verme allí, me preguntó la causa, y le expuse, poco más ó menos, las mismas razones que había expuesto á mis padres. Pero él, con su buena experiencia de la vida y su gran conocimiento del corazón, comprendió que le ocultaba la causa verdadera.

—Usted estaba enamorado de Luisa Mendoza,—me dijo de repente, con gran sorpresa mía, á la media hora de estar hablando.

—Sí, señor—le contesté como subyugado por su maravillosa perspicacia:—es verdad.

—Y lo está usted todavía...

—Si he de serle á usted franco... también es verdad: todavía lo estoy.

—Bien; y en ese caso ¿por qué se vino usted de allá? ¿qué pasó?... ¿Riñeron ustedes?... A ver, á ver, cuénteme usted...

Le referí con sinceridad lo sucedido, y cuando concluí la relación me dijo:

—¿No hubo más que lo que usted cuenta?

—Ni más, ni menos—le contesté;—ésta es la verdad pura.

—Pues merecería usted un estirón de orejas; porque hizo usted una chiquillada, ó hablando más propiamente, una tontería, y perdone la fuerza de la expresión... Es una lástima que no se haya hecho esa boda... Luisa es un ángel, y usted también es buen muchacho, no se envanezca usted; muy buen muchacho... Por más que en eso partiera usted tan de ligero...

¿No tenía usted alguna persona de quien aconsejarse?... Esas cosas no son para resueltas así por la primera impresión y de cualquier modo, porque de hacerse ó no hacerse un matrimonio depende á veces la felicidad ó la desgracia para toda la vida, y aun la salvación eterna... Afortunadamente, la cosa puede tener arreglo todavía. El general Sierra es mi amigo, como usted sabe; tengo mucha confianza con él, y por el primer correo voy á escribirle.—

Me opuse resueltamente á este proyecto del padre Flores, insistió él, me resistí; pero fué tal su habilidad dialéctica, que logró convencerme, y fundándose en los hechos mismos por mí referidos, me hizo ver, no ya como posible, sino como seguro mi casamiento.

Estaba yo deseando que llegara el día de salir el correo para España, que la carta del padre Flores llegara á Madrid, que volviera la contestación... favorable seguramente... Hasta tenía ya pensada la carta que había de escribir al Ministro de Ultramar, pidiéndole licencia para venir á España á casarme... cuando ¡ay! otro encuentro inopinado vino á tronchar el fresco y lozano retoño de mi esperanza.

Mi amigo Enrique Jiménez, que había emperezado de ir á Filipinas cuando yo, era nombrado alcalde mayor de Cebú dos años después, en el testamento del Ministro con quien era director su padre, y llegaba de la Península.

—¿Sabes á quién he visto en Barcelona, ahora, al embarcar?,—me dijo á poco de estar hablando conmigo.—Pues á tu novia, á Luisa, recién casada. ¡Si vieras qué guapa está! Había venido allí con su marido haciendo el viaje de boda, y vivían en la fonda donde yo paré... ¡Te digo que estaba guapísima!...

—¿Y con quién se ha casado?,—le pregunté, tratando de disimular el dolor que la noticia me produjo.

—Según me dijeron en la fonda, con un mayorazgo allá de su tierra... Parecía buen hombre, muy corriente y muy campechano...—

Corté la conversación lo primero que pude, y me despedí de mi amigo hasta luego, pretextando un quehacer urgente.

Puedes figurarte cómo me quedaría...

Todas las frases de Enrique, á contar desde la de «recién casada», me habían ido cayendo sobre el corazón como gotas de plomo derretido...

Inmediatamente fuí á ver al padre Flores para que no escribiera al general, y para proclamar delante de su ciencia y de su experiencia mi doloroso triunfo en la cuestión del desamor de Luisa, diciéndole con la amargura propia de un vencedor que mil veces más quisiera haber sido derrotado:

—¿Ve usted cómo tenía yo razón?..

—No lo veo—me dijo el padre Flores;—pero es lo mismo. Ahora ya la cosa no tiene remedio. No hay más que bajar la cabeza y conformarse... Le convendría á usted así, porque todo lo dispone Dios para nuestro bien... Al cabo esta vida no es más que un rato que debemos emplear en prepararnos para la venidera... Regularmente

no habrá querido Dios que sea usted muy feliz en este mundo, para tener más que pagarle á usted en el otro...

Unos días después, algo consolado con las reflexiones del buen dominico, me volví á Ilocos, rompí el retrato de Luisa en pedazos muy pequeños é hice firme propósito, aunque con temor y no sé si diga con esperanza de quebrantarle, de no volver á acordarme de ella.

¿No habíamos quedado hace ya dos años, —me argüía yo á mí mismo tratando de convencerme,—no habíamos quedado en que no me quería?... ¿Por qué me vine á Filipinas sino porque tenía eso como cosa clara é indudable?...Y no queriéndome á mí, ¿hay nada más natural que el que se haya casado con otro?... Es una inocentada sentirlo...

Con estos discursos, y principalmente con otro harto más eficaz para estos casos, con el discurso del tiempo, no fué tan pronto como yo hubiera querido; pero llegué á olvidarla...

—Bueno, pues ahora que la has olvidado—le interrumpí,—vamos á dejar la historia para mañana.

—Ya falta poco—me contestó Javier;—pero es lo más triste.

—Me lo figuro—le repliqué,—y por eso mismo es mejor dejarlo. No vayas á creer

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

que es porque no tengo interés en oirlo: es que no quiero que te canses. Hay más días que longanizas, dice un refrán, y también hay más días que historias. Con que basta por hoy, y hasta mañana...—

Y salí de la celda de Javier con más curiosidad que ningún día por saber el desenlace de su historia, ó por mejor decir, el enlace de lo que me había contado con la desgracia de su estado presente.

Dice que llegó á olvidar á Luisa—pensaba yo;—de modo que no pudo venir por ahí la locura... Ya me extrañaba á mí que hubiera en estos tiempos quien se volviera loco de amor... Pero entonces ¿para qué me ha contado la historia de su amor á Luisa?... Alguna relación debe de haber... Ya veremos...

VIII

Al cumplirse el plazo de mi permanencia obligatoria en el Archipiélago—continuó Javier al día siguiente—habían ya muerto mis padres, se habían casado mis dos hermanas... No quedaba acá nada que me atrajera, ni había allá nada que me impulsara á venir, y por asegurar otro ascenso, me estuve otro par de años.

Presencié entonces un cambio completo en el personal administrativo, como consecuencia de un cambio de Gobierno en la Metrópoli.

Por cierto que poco después fué cuando se armó aquel escándalo en las Cortes, sobre si ciertos prohombres de la política recibían dinero de los empleados de Ultramar nombrados por ellos ó por sus recomendaciones. El hecho era cierto, desgraciadamente. Había personajes políticos que vivían con lujo deslumbrador, y que, en lugar de tener, como medios de sostener este lujo, fincas

rústicas ó urbanas que les produjeran renta, tenían empleados en las Aduanas de Filipinas ó de Cuba obligados á remitirles determinada cantidad cada mes ó cada trimestre... Supongo que seguirá sucediendo lo mismo. Los primeros liberales se enriquecieron desamortizando los bienes de la Iglesia y de las universidades y de los hospitales y de los pueblos; los de ahora, que ya no tienen nada que *desamortizar*, se enriquecen *amortizando* á su favor los destinos públicos...

Al terminar este último bienio, durante el cual estuve en la Audiencia de Manila, me aburría ya mucho todo aquello; y aunque no tenía esperanza de pasarlo acá mucho mejor, quise, como los enfermos, cambiar de postura.

Pedí mi vuelta á la Península, que no tardó en serme concedida, por la favorable coincidencia de que el Director que había hecho mi primer nombramiento, el padre de mi amigo Enrique, era entonces Ministro de Gracia y Justicia. De modo que no necesité más que indicar mi deseo á su hijo, para verle satisfecho en una de las primeras combinaciones.

Llegué á Madrid á últimos de Mayo, y me encontré en el Hotel de Roma con Vicente Parra... ¿Te acuerdas?... Le debiste de conocer cuando yo... Aquel asturiano

lujoso que capitaneaba á los de los Cabeceros en la romería de Santiago, cuando apalearon á la Guardia civil...

Mi tío Eugenio, que era juez de paz y estaba ejerciendo de juez de primera instancia, encarriló el asunto, por intercesión mía lo más benignamente que le fué posible.

En realidad, la Guardia civil, que ya no era entonces lo que había sido, según decían, en sus primeros tiempos, era la que había provocado el conflicto, por meterse en lo que no la importaba ni era de su incumbencia; por querer dirigir y arreglar á su capricho las diversiones, entremetiéndose á hacer corro en el *aluche* y á dar su opinión con pretensiones de fallo en las caídas dudosas; en fin, por no tener presente que su misión en aquellos sitios no es otra más que la de prestar auxilio á la autoridad cuando se le pida...

Y luego, como quiera que los asturianos tienen la sangre caliente, ó por lo menos se les calienta muy pronto con el vino, en cuanto comenzó la disputa sobre si un luchador debía ó no debía salirse del corro, enarbolaron los palos y ya no respetaron á nadie...

Yo intercedí por ellos, y conmigo los demás muchachos de aquende el Puerto; porque en principio tenían razón, aunque después, en el acaloramiento de la disputa, se

excedieran. El caso es que quedamos muy amigos. En el verano siguiente pasó él ocho días en mi pueblo cazando codornices, y yo también estuve unos días en su casa de Sobrefoz. Dos ó tres años más repetimos las visitas... Después habíamos dejado de vernos...

Charlamos largo y tendido al encontrarnos. Me dijo que estaba casado, que tenía tres hijos, que ya no vivía en Sobrefoz, sino abajo, á la orilla del Sella, en Ceneya... Le conté yo mi viaje á Filipinas, los destinos que allí había desempeñado, lo distinto de aquel clima y de aquellas costumbres, mi vuelta... y aun creo haberle dado á entender que el motivo de mi resolución de irme allá tan lejos habían sido unos amores desgraciados, aunque sin puntualizar nada en este asunto, sobre el cual pasé como sobre ascuas...

—¿Y ahora qué vas á hacer?—me dijo cuando concluí.

—Lo primero descansar del viaje, que bien lo necesito.

—¿Y después?

—Después pasar el verano por ahí, donde caiga, y allá contra el otoño irme á Sevilla, á cuya Audiencia estoy destinado.

—Lo que vas á hacer es venirte conmigo á pasar allí una temporada... todo el verano, si no te aburres...

—Te lo agradezco, pero no puede ser. Estoy muy cansado para emprender otro viaje ahora.

—No, si no digo ahora: dentro de quince días ó de veinte; cuando yo despache el asunto que me ha traído aquí... Nos vamos... verás... El viaje es ya bastante cómodo... Veinte horas á Oviedo en ferrocarril... Allí descansamos un día ó dos, y luego nos vamos á Cangas de Onís en el coche de los Orgas... De Cangas á Ceneya es un paseo... Allí, en una casita solitaria entre unos castañales, cerca de la carretera, á la orilla del río... lo pasaremos regularmente... Mi mujer está delicada; pero cuando no se siente bien, se mete en su cuarto y allí reza ó llora, y no incomoda á nadie. Haremos expediciones á Cangas, y á Ribadesella, y á Covadonga, y á los lagos de Enol, hasta donde va á hacer Pidal, á costa del Estado, una carretera para su recreo particular y el de un amigo suyo, canónigo de la Colegiata, que ha edificado una casita en aquella altura... Verás el Beyo, la hoz más estrecha y más larga del mundo por donde se ha abierto un camino... Si te sientes con fuerzas, subiremos á cazar rebecos á los Picos de Europa, á Peña Santa... Yo paso la mayor parte del tiempo cazando, y á tí también te vendrá bien, después de tantos años de inacción, una tem-

porada de vida montaraz... Verás las romerías de por allí: ya sabes que son muy animadas en Asturias... En fin, cuando te canses te marchas.

A esta proposición, por más que fuera tentadora, no hubiera yo accedido si se me hubiera hecho una sola vez y de cumplimiento; pero repetida dos ó tres veces cada día durante una semana, con verdadero empeño, con indudable sinceridad, no pude menos de aceptarla.

Emprendimos el viaje á los quince días, conforme á lo planeado, y el 18 de Junio, después de almorzar en Cangas de Onís, montábamos en una cesta que había de conducirnos á la morada de mi amigo.

Llegamos á Ceneya á media tarde.

Poco antes de pararse el coche, me decía Vicente:

—Mira: aquélla es nuestra casa,—señalando una que se veía, ó más bien se adivinaba, á la derecha de la carretera entre unos árboles.

El sitio me pareció bastante delicioso. El río Sella, después de salir muy apurado de las estrecheces del Beyo echando espuma por todas partes, se sosiega un poco, va corriendo cada vez menos de prisa, hasta acabar por deslizarse tranquilo bajo un túnel de copas de nogales, sobre espacioso lecho de cantos rodados blancos y grises que

se ven como caprichoso mosáico á través de sus cristalinas aguas. A la derecha y á la izquierda, rocas altísimas de caliza moteadas de tilos y de enebros. En los rellanos de la orilla del río, verdes maizales cercados de pared seca revestida de hiedras y de zarzas...

Nos bajamos del coche y nos dirigimos á la casa.

En un poyo á la derecha de la puerta jugaban unos niños.

—¿Estos son tus hijos?—dije á Vicente, dirigiéndome al mismo tiempo hacia ellos para besarlos.

—Sí: ahí los tienes todos tres—me contestó.—La niña y el niño más pequeños ya ves qué parecidos son á mí: rubios, como yo, con ojos garzos... La mayorcina es el retrato de su madre.

La niña mayor, que tendría de cinco á seis años, al oir que se hablaba de ella, volvió la cabeza y fijó en mí unos ojos negros vivísimos é inteligentes, artísticamente acomodados en un rostro paliducho, pero de facciones muy correctas. Su fisonomía tenía un sello tan especial que me produjo emoción extraña...

¡Qué niña más hermosa!... ¿A quién se parece?... ¿Dónde he visto yo esta cara?... ¡Calla! Si es la cara de... ¡Dios mío, qué sospecha!...

Todas estas ideas cruzaron en un instante por mi mente, atropellándose unas á otras...

A todo ésto, Vicente había vuelto á la carretera, reclamado por el cochero, que esperaba órdenes...

—¿Cómo te llamas, monina?—pregunté yo á la niña mayor al darla un beso en la frente.

—Luisa,—me contestó ella.

—¡Y no, que te *yamaz Luicina!*—balbució el niño.

—Me llaman Luisina—repuso ella,—porque Luisa es mamá, y para distinguirnos...

Mi sobresalto creció hasta lo indecible...

—¿Qué estáis haciendo?—pregunté á la niña maquinalmente, como queriendo huir de nuevas revelaciones...

—Hacemos una ermita para entretener á Vicentín,—me contestó.

—Y tiene espadaña,—dijo la otra niña.

En esto, Vicentín, el niño pequeño, removió sin querer el fundamento de la ermita que con piedras y tucos de panojas tenían hecha sobre el poyo, y se vino abajo todo el edificio.

La niña Luisa acudió presurosa á recoger de entre las ruínas una fotografía.

—¡Mi retrato!—dije para mí con creciente asombro, al ver que, en efecto, era la

estampa de este pobre amigo tuyo, hecha por Alviach en sus buenos tiempos... y en los míos.

—¿Quién te dió ese retrato?—la pregunté.

—Se le quité yo á mamá—me contestó, bajando los ojos,—porque cuando le veía lloraba, y yo no quiero que llore... Verá usted—añadió, volviendo á mirarme:—le tenía mamá guardado en una escusabaraja, y cuando disputaba con ella papá... porque papá algunas veces bebe mucho vino... cuando la decía papá cosas feas, se iba al gabinete, y sacaba este retrato, y le miraba, y lloraba tanto...

—¡Ah! ¡Me quería!...—exclamé interiormente con inmensa amargura.—¡Me quería!... ¡A buen tiempo lo he sabido! ¡A buen tiempo!

En un instante edifiqué una vez más la casa de la Cuesta de los Manzanos y llené la huerta de árboles y flores, y en otro instante lo destruí todo, viendo que ya para nada podía servirme...

Me quería... y estaba allí... á cuatro pasos...

El pensamiento del bien perdido, el dolor del desacierto pasado y la dificultad de la situación presente se apoderaron de mí con violencia como para destrozarme... Sentí frío en el corazón, calor en la cabe-

za... Una ola de fuego me subía por la faz; se me quitó la vista, y caí redondo...

Al volver en acuerdo me encontré en esta celda...

—¡Pobre Javier!—hube de decir al mismo tiempo que él se levantaba tímidamente de su silla como por vía de ensayo, y añadía palideciendo:

—¡Ay!... ¡Dios mío!... Me parece que me voy á volver á caer... ¡Sostenme... sostenme!...

Estas fueron sus últimas palabras.

EPÍLOGO

Tres años después murió Luisa de una lesión en el corazón.

Unas horas antes de espirar, decía á la mujer del médico de Sames, su amiga íntima, que había ido á Ceneya á cuidarla:

—Escucha, Rosa... en el cajón bajero de mi armario hay una escusabaraja de mimbres chiquitina que tiene dentro unos papeles... Me harás el favor de recogerlos... Tú los puedes leer... quiero yo que los leas para que te acuerdes más de tu pobre amiga y no se te olvide ningún día rezar por ella... Pero después que los leas échalos en la lumbre... Allí verás una carta que escribí y no envié á su destino... Si la hubiera enviado... no hubiera sido yo tan desgraciada...

—No llores—la dijo la médica, posándola con cariño la mano en la frente,—no llores: ya sabes que te hace daño.

—¿Qué más da?...—replicó Luisa.—